

Imposible sobrepasar mi sombra*

Nivaria Tejera

POR ESTE CIEGO DEAMBULAR AL QUE NOS HAN CONDENADO las dictaduras, aparecen a veces —como un tropezón, como una sacudida— seres cuyas preocupaciones dan un sentido a la escabrosa cuesta de la escritura. Gracias a ellos, el tormento que lo desconocido conlleva toma su justa deriva, su significación. Esa casta de arcángeles, esos elegidos del arte, reavivaron en mí siempre la inasible espiral del conocimiento, porque ellos establecen alrededor un diálogo impalpable donde los silencios desbordan las palabras haciendo que las dudas cedan a una vehemente admiración. Son seres clarividentes, inquietos, sin reposo, avaros de la mezquindad, encandiladores.

Heberto, a quien conocí en La Habana por los años cincuenta al vaivén de tantos desconciertos (yo escapaba del Cienfuegos natal villareño, él de Puerta del Golpe pinareño), poseía esa fibra tensa y dura que atrapa y absorbe, fibra creativa, crítica, instantánea, fibra que, por emanar de una permanente vigilia, era ya el espacio del vidente, espacio que mi innata timidez encaraba curiosa y sorprendida. Su ardorosa inteligencia, su ferocidad ¿no sería (lo aprendí más tarde de Foucault) «la animalidad que posee la locura»? Esa ferocidad lo devoraba interiormente precipitándolo sobre el otro como un seísmo. Siempre me hice cómplice de su sarcasmo *voulu*. Era como un pájaro picoteador del desgano intelectual, un poeta al acecho, implacable y solo. Su humor, su mordacidad, eran otra voz indagadora, única, último clamor de cierta inocencia socarrona a la caza de la comodona amorfez de los demás. Yo gozaba con ella, aunque algo crispada: su escarbadura desempolvó a más de uno.

Recuerdo aquella mirada sobre toda cosa al retirar delicadamente, como quien acaricia su pensamiento cansado, los espejuelos empañados. El rostro aparecía entonces

* Nietzsche: *Más allá del bien y el mal*.

pálido, perdido en una miopía escrutadora, los vocablos se volvían más lentos y enfáticos en esta ausencia de ojos para asentarse, al fin, en una carcajada acróbata que anunciaba la restitución del artefacto, ya transparente. Y era como si él le devolviese el rostro.

Por su forma y contenido, la ponencia de Heberto en el Encuentro de escritores (Estocolmo, 1994), que lleva por título *Más allá de nuestros antagonismos*, dan su altura intelectual y su irreprochable valor humano. Distanciado siempre del consabido protagonismo que pulula en tales eventos, él habla a todos los escritores cubanos del desastre de la isla, habla y deja estampado en pocas páginas, sin ambigüedad, el mensaje. Son palabras tejidas con el máximo cuidado de no dañar, de evitar pugnas. Descartado el panfleto político. Siempre razonando frente a la áspera realidad, distanciando sus posibles exaltadas ideas del contexto que analiza, despersonalizándose. Nunca se desvía del objetivo: él, de un natural anecdótico, aquí elude la anécdota que pueda distraernos de su denuncia: «Nos reunimos porque somos conscientes de los momentos críticos que vive nuestra patria y sabemos que ningún antagonismo ideológico está por encima de la crisis». (Interpretémoslo: sí, la crisis se ha vuelto un bola de mundo, una muralla china, un infinito torpor kafkiano en el que te llegó el turno *d'être englouti*). Siempre Heberto, monolítico, más allá de la trama que este Encuentro semi-oficial pueda explotar. «Por lo pronto, cuando salimos de esta habitación, donde se han mezclado lágrimas e insultos, sonreímos a todos y también sonreímos a nosotros mismos», concluye persuasivo, consolador ahora, resignado también su fiel, innato expticismo. Es un analgésico s.o.s. remolcador del otro, espectral, de su remota condena.

Emplazar la palabra, la frase, en *un justo tiempo humano* que nos fuerce a la concentración, quiero decir a no recorrer espacios evasivos que nos rescaten ideas y conceptos adquiridos, se convirtió para Heberto, creo, en una obsesión. La palabra como un módulo a emplazar en el puzzle. Su clarividencia ofrecía siempre solución. Con la secreta meditación que cada poema nos revelaba, en *un injusto tiempo humano* él hizo vacilar, afrontándolo, EL PODER que el líder máximo reputaba (y reputa) de omnímodo. Me deslumbraron frases como ésta: «*cuando política y poesía se encuentran en las encrucijadas, difícilmente pueden reconciliarse*. En el árido escaque de ajedrez donde el adversario de todos había preparado minuciosamente su jaque, en una partida con márgenes de defensa aparentemente nulos, *el soberano poeta*, desplazando los órganos del lenguaje como un sortilego, con cálculos, signos y señales que escapan al sesgo de los verdugazos, desenmascara al dictador ante el mundo. Sin secretos para el tímpano crispado de aquel entonces, empleando un estilo novedoso, entroncado de filosofía y desafío, Heberto aleccionará a sus amigos poetas en cómo poder adormecer al ogro y su sed de sangre; les insinuará desesperadamente que, como todo es transitorio, se resguarden con sigilo para una lúcida continuidad. Su hiperrealista autocrítica (que tanta baba de miasma mefítico pestilente extrajo de las jetas de máximos y mínimos) les prevenía de *las muchas y muy variadas formas de muerte atravesados como estamos por una historia en marcha sintiendo más devoradamente cada día que el acto de escribir y el de vivir se nos confunden*.

Su vida y su obra se inscribió desde siempre en el entorno del exilio que impone al creador cuanto sistema de poder absoluto haya existido desde la antigüedad. Nuestra amistad, la admiración que ella nutría por su actitud crédula o incrédula, incisiva, de aquellos años (en que cada poeta gestaba el primer libro por venir) nunca decayó sino que se reafirmó secretamente en ese tiempo empotrado, sin posterioridad, en que una nebulosa gris gatuna, turbia y abismal nebulosa envolvió (y envuelve) ese tierno, minúsculo y claro país que se nombra Cuba. Las dictaduras nos unen y nos desunen. Tal parece, como dice un poeta francés, que «*pour nous communiquer nous avons les orages*». Pero, por encima del desvío de esta sinrazón existencial, nos sabíamos amigos solidarios de los rumbos inciertos que amenazan y juegan con el tesón de la savia de nuestras vidas. Cada coloquio que nos reunía (Madrid, Nueva York, Roma, Canarias, París) era como una cúspide de frugales intercambios interiores sin pasado ni porvenir. Cuando las trabazones de los participantes se volvían engorrosas, sus oportunas intervenciones nos sacudían en un zig-zag imaginativo improvisando citas voluptuosas entre versos lezamianos y vuelos juguetones en exabruptos de ingenio. «Saltaba tu cabeza de títere perplejo», había escrito. Y en los antiguos iresvenires, utilizados en misiones absurdas, donde la sola libertad son los olvidos, más allá de la oficialidad del cargo, de las embajadas, de la Cuba aletargada y del tan cacareado «compañero», Heberto siempre vino a verme, a Roma, a París, o dentro de la isla cuando ya las contradicciones del régimen nos convertían en extranjeros.

Quisiera —pero cómo hacerlo— evocar esa vida que arrastra su leyenda, vida arropada en un hálito exaltante por círculos concéntricos que, como los ecos, se expanden, chocan contra el obstáculo y nos retornan más sonoros, con la intensidad que los generó. Aunque una vida es inabordable (sus secretos lo impiden, una experiencia interior no puede ser traducida por los otros, siendo uno el único testigo), cada poema suyo coloca a contraluz la silueta de ese rarísimo *uno*, esa sombra que, dice Nietzsche, en sus paseos cavilosos le era imposible sobrepasar. Sus largos y anchos recorridos arrastran lo imposible, ese escaso margen que la creación posee, apasionante historia sin hilo conductor en la que paradojas y riesgos imponen una presencia alucinada. *Ese es el poeta*: un meteoro que vibra a contracorriente indagando donde el pensamiento no ha intuido. *Ese es el rebelde*: sin fantasmagórico ejército lampiño a su costado; sin el escudo de barba postiche; sin cebarse en loas turbulentas; sin camuflar el águila en pseudo-paloma de paz que empreña guerra solapada; sin verborréica demagogia disimuladora de tanto arcaico, sofocante oportunismo.

Envejeció de claridad, fue más directo que un objeto. El poeta Heberto, como otros poetas, desembocó en uno de los muchos oscuros extremos que nos asedian. Cervantes acabó manco y encarcelado. Quevedo, encerrado en un torre; Maiakovski, perseguido, levantándose la tapa de los sesos; Nerval, ahorcado; Lorca fusilado; Artaud, huesudo y desorbitado en su furibundez; Rimbaud, engangrenado; Apollinaire, trepanado, y el pacífico Esenin, que adoraba el andar sin fin en la noche... («*c'est express que je m'en vais* mi cabeza

parecida a una lámpara de petróleo sobre los hombros... me gusta alumbrar las tinieblas»), cercado por la hebilla oval del cinturón, su lengua de fuego colgándose bien libre, como una rebanada de jarcia muerta; y tensa como la sogá de un pozo.

En su dedicatoria de *La mala memoria*, con la ternura de quien protege el rango de poeta que yo le atribuía (ese rango del que tantos líderes máximos y mínimos osaron despojarle) escribió «este conjunto de recuerdos de un tiempo que hemos vivido al mismo tiempo». (Sí, al mismo tiempo, con igual dolor, más comprometido y valiente tú al pretender coger el diablo por el rabo y lanzarlo contra el muro que levantaba subrepticamente. Pero el muro no ha borrado tus voces; ellas siguen y seguirán intactas, con su remolino de ecos. No sé si son las voces que te oyeron o las que no te oyeron o las que tenías aún que decir cuando te cerraron la boca con el puño. Ahora mis ojos hurgan en ellas queriendo memorizarlas como de improviso hacías tú con aquel poema raro de Eliot, de Milosz, de Puchkin, de Williams Carlos Williams, de Höderlin, de Rilke, de Nerval, de Valéry o de Michaux lúcido e intempestivo, queriendo usurparles el misterio que ocultaban.)

Sin duda el poeta sufre transformaciones, si no radicales, insospechadas, testigo de la época conflictiva y violenta que le tocó convivir. Una metamorfosis lenta, provocada por el cerebro atracado despertará en él las defensas sustanciales a su orbe. No devendrá otro poeta pero sí *un otro* pues su equilibrio armónico exterior fue atropellado. Heberto asume el irremediable cambio creando con su escritura el sistema inmunitario que necesita. Y lo hace precipitadamente, desafiando *le temps arrêté* que el dictador le impone (ese tiempo detenido con el que aún hoy juega su bota tropical que le carcome las extremidades y nos alisa). En sus poemas cada palabra, despojada de ambivalencias, anuncia ya la frase que se compondrá. Ella actúa como punto de tersura para empatar el cuerpo de la creación, desmembrado por las improvisaciones con las que el poder se asegura la supervivencia. ¿Será inútil evocar que ésta arranca de los fusilamientos arbitrarios que impuso al comienzo y de la plebeyez que los justificara? Pienso en los desvelos del poeta Heberto por inventarse un doble paralelo a su vocación a fin de validar su acerba denuncia. En efecto, asentar un símbolo desafiante que por su talla *revolucionaria* nos haya representado, supone indagar en esas rutas que erigen los milagros a través de quienes fundamentan la razón en el esfuerzo del equilibrista, seres cósmicos que consolidan la perennidad de su especie. Y ese polo de un híbrido crepitando se edifica, se esculpe con duros cincelazos, cuidando no depositar atisbos deformadores en sus relieves. Así Heberto nos modeló y legó un envoltorio agresivo-defensivo como si fuera *otro tiempo* (¿el de las cruzadas?) a fin de proteger de manipulaciones oscurantistas el ser que indaga por esos abismos y lejanías donde el poema transita libre para no descuajaringarse. Siempre libre de esperar y de encontrar.

Transcribo a guisa de mensaje —¿tardío?— la carta que hice a Heberto en la reedición de *Fuera del juego*, cuyo contenido él calificaba en su dedicatoria de viejas pesadillas. «Sobre mi mesa tu voz furiosa y meditada desmantelando

vocablos que lograron desvelar, sacudir el entorno y el trasfondo para siempre; los latigazos de tus poemas aquí, de tu poeta: te aseguro que con su denso peso la mesa tiembla. El resto, aquel laberinto cretense de minotauros insaciables amurallando cada pasadizo, suelo y cielo atrancados por el término revolución, todo y todos solapados en su asedio, protegidos por una insignificancia picotera girando sobre sí misma, generadora de vacío y de una aceleración cardíaca que sigue desembocando en la apatía, ese resto alambicado sólo provocó miedo y acomodo en el miedo por su sin sentido. Sí, Heberto, amigo, esa dolorosa y anacrónica alucinación ya quedó disuelta por el tiempo en su propia nulidad, bien fuera de *el justo tiempo humano*. Rinde, pues, conmigo homenaje a la lucidez de aquel poeta osado, casi suicida, que burló al minotauro como un Maestro. ¿Sí?»

Pretender que Heberto pudiera enajenarse, olvidar sus angustias pasadas —aunque la noble aguijadura viniese de mí— supondría ignorar su atroz, ignominioso desasosiego existencial, su real presencia de poeta en patético exilio, *esa inmensidad incolora* donde a pesar de todo y todos, aún y aún otra vez más, sin cesar el pensador intenta inventarse una continuidad antes de ser englutido definitivamente. Aquel pasado él lo transitó por una zanja de horrores como un perpetuo presente masticándolo, vomitándolo. En cada esporádico encuentro yo lo sentía transitar por él quedo, en sordina, midiendo voz y paso, hostigado y excluido por los múltiples suficientes corroedores de ese otro poder que improvisan los exilios.

Por esa manera suya de *estar* deduzco que Heberto no se tragaba la dorada píldora de que los Encuentros, donde aparecen deshilachadamente los de adentro y los de afuera, limasen antagonismos. No, porque el antagonismo existe entre el escritor y el totalitarismo, no entre los escritores. Además, los de adentro, *visiblemente* vigilados, evitan los acercamientos justificativos del acto, y los de afuera, también asediados se preservan de una imaginaria coacción... de tal modo, eso sí, que unos y otros parecemos acarrear el peso de un común estigma: el miedo de tantos años de abominable persecución. Así pues, *Misión imposible*.

Y es que ni Heberto ni nosotros crecimos en la Viena de Karl Kraus, Sigmund Freud, Musil, Klimt, Mahler, donde las ideas se intercambiaban con euforia creativa, admiración, apelonadas y explosivas, expandiendo la perspectiva de una modernidad que despejaba las vías encombradas de su propio pasado. Nosotros hemos nacido y vivido en un subdesarrollo farandulero donde el monólogo ha sustituido, anestesiadador, el diálogo reflexivo, liberador.

En sus últimos viajes a París observé que nuestra casa era para Heberto un refugio y como una protección. Me pregunté en qué medida presentía él una agresión exterior, lo que provocaba el consiguiente afán de protegerle. Era difícil despedirse de él, y al acompañarlo al taxi su mirada nos seguía largo rato a través del cristal como quien teme un súbito desenlace (si bien en la calma del regreso yo lo achacaba a mis propios espejismos). Nuestros brazos respondían al suyo colgado de la ventanilla lacrimosa de la ciudad, hasta que el torbellino lo borraba.

Desaparece así el amigo e, irremediablemente, un halo encubridor de culpas nos envuelve. Es un alerta, la vaga sensación de que algo pudo ocurrir de otra manera. Y uno se dice, muy bajo que, aunque la provoque el recuerdo, esta percepción es cierta. Y uno se vuelve a decir, menos bajo, si los que conformamos el exilio asumimos su comportamiento, la indiferencia que los descuidados arropan, aquel trágico recorrido suyo parecido a tantos otros.

Aunque ante esta tardía congoja, aquel generoso fauno de bondadosa ironía es capaz de asomar aún su rostro desde la esquina del viejo mueble para consolarnos amonestándonos (en aquel bello acento regocijado que era el suyo y en poeta siempre) con el sutil y cavernoso resquemor de Rimbaud:

«Par délicatesse j'ai perdu la vie»...

Desde su árida y sombría plenitud el infernal infinito de la dictadura desprende otro sol muerto. Sin patria. Pero invencible.

